

# Ernesto de la Torre Villar

# E

## l historiador José C. Valadés

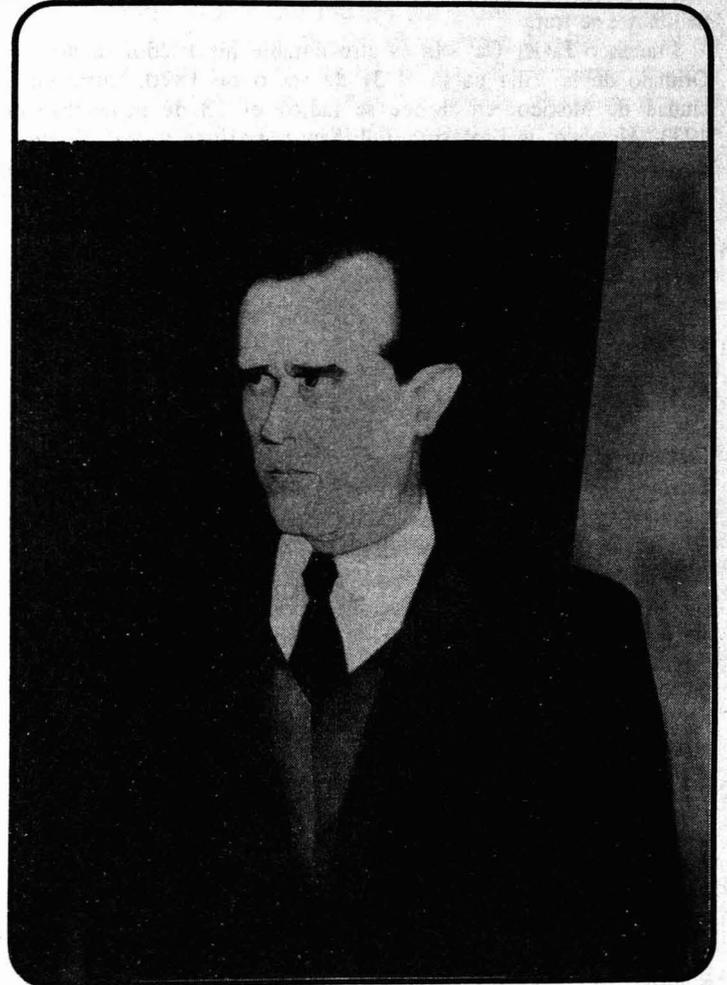
La historiografía regional de México es amplia y rica. La del Noroeste ofrece testimonios muy valiosos que precisan la circunstancia general en que la historia de estas regiones se desarrolló y describen certera e inteligentemente la actividad general del hombre, su relación con el mundo natural y los demás hombres.

El septentrión occidental, término en el que quedaron enclavadas Sonora, Sinaloa y las Californias despertó en la mente de los historiadores muchas inquietudes e interés. Ciertamente es que éste se manifestó desde los inicios de la colonización, pero tanto los fantasiosos relatos de Fray Marcos de Niza, cuanto las ajustadas menciones de Vázquez de Coronado, impulsaron más el deseo de conocimiento y penetración en estas tierras que el estudio de las mismas. Región carente de sociedades con alta cultura semejantes a las del centro y Sur de México, las referencias a ellas fueron las que describieron sus primarias organizaciones, su belicosidad, su lucha por defenderse de la servidumbre y explotación que toda colonización conlleva.

Testimonio tardío, pero no por ello carente de valor es el del padre Andrés Pérez de Rivas, quien en 1645 publicó en Madrid su *Historia de los Triunfos de Nuestra Santa Fe entre las gentes las más bárbaras y fieras del Nuevo Orbe*. En esta obra y las de los padres Venegas y Florencia, hallamos información veraz, penetrante y primera en torno de estas tierras que entre sí guardaban amplia relación. Las descripciones de Porter Casanate, de Miguel del Barco y de otros escritores pertenecientes o no a la compañía, nos entregan datos valiosos en torno de ellas, mas ninguno de esos primeros historiadores fue originario de estas provincias ni se refirió exclusivamente a la actividad de sus hombres.

Aun cuando el carácter provincial del occidente mexicano quedó fijado desde muy temprano, no fue sino con posterioridad a la Independencia, que tanto Sonora como Sinaloa precisaron su identidad y reforzaron la personalidad que las distingue. La historia de estas provincias comenzará en la primera mitad del siglo XIX a elaborarse, al igual que se va a elaborar la historia general del país. La necesidad de afianzar su personalidad, de diferenciarse su propio yo, su naturaleza jurídico-política, el valor de su cultura y de su tradición, impulsó a las provincias a escribir su historia, esto es a precisar y distinguir su pasado con miras a un desarrollo futuro. El federalismo que representa en última instancia un deseo de independencia, de autodeterminación, de madurez intelectual, de mayoría de edad, reforzó a la historia de cada región y ésta afianzó a su vez los anhelos federales. Se trató de entender lo diverso y original de cada una de las partes para constituir un todo que respetara esas diferencias y que se apoyara en sus afinidades. Esto es lo que explica el notable esfuerzo historiográfico realizado en el siglo XIX, para elaborar tanto la historia de cada uno de los Estados, como la historia patria, la historia general de México. Había que crear conciencia de ser parte integrante de una nación, pero también advertir que esa nación se constituía a base de unidades con personalidad muy diferenciada.

Sinaloa y Sonora no escaparon a este afán, y así los relatos históricos en torno de la provincia o a uno solo de los territorios, o a una población determinada aparecieron sucesivamente, reafirmando en cada nueva obra el interés por la historia local y regional, la visión histórica de sus autores, sus métodos de trabajo. Los nombres de Eustaquio Buelna, Eduardo Villa, Ramón Corral,



Héctor Olea, Francisco Javier Gaxiola, Genaro Estrada y José C. Valadés, son unos cuantos entre los numerosos cultores de la historia que los dos estados han tenido. Algunos de ellos cultivaron de preferencia la historia regional, de su propio estado, concentraron su interés en la tierra natal, en los hombres y acontecimientos de ella, otros con más amplia visión abordaron temas de mayor amplitud, desbordaron las fronteras de su provincia y se ocuparon de asuntos y de personajes de dimensiones nacionales y aun internacionales, mas todos ellos se caracterizaron por escribir una historia plena de sinceridad y honradez, de información abundante, de juicios serenos y penetrantes.

Si hacemos un rápido repaso, y ya únicamente de los historiadores sinaloenses, y de su obra, podremos advertir que el valor e importancia de su labor histórica es muy relevante.

Eustaquio Buelna es el primero que encontramos en el tiempo. Nacido en Mocorito, Sinaloa el 20 de septiembre de 1830, trabajó sin descanso largos años pues murió en Culiacán el 30 de abril de 1907. Buelna ha sido el historiador mejor documentado de Sinaloa. Pudo allegarse para la realización de sus obras, un material de primera mano, abundante y diverso. Su juicio reflexivo, el conocimiento de la geografía del Estado que tuvo, la utilización de

nutridas fuentes, un buen método de trabajo y una constancia admirable en su labor, le llevó a producir sólida historia. La *Estadística del Estado de Sinaloa* (1873), *Apuntes para la Historia de Sinaloa* (1877), justamente elogiados por un historiador exigente y crítico certero como fue Genaro Estrada; los *Breves apuntes para la historia de la guerra de intervención francesa en Sinaloa* (1884); el *Compendio histórico, geográfico y Estadístico de Sinaloa* (1887); la *Peregrinación de los aztecas y nombres geográficos indígenas de Sinaloa* (1887-92); el *Arte de la lengua cahita, y La Atlántida y la última Tule* (1895) revelan sus peculiares intereses históricos. Los *Apuntes* y el *Compendio* son obras valiosas, permanentes, en las que dejó junto con nutrida información explicaciones inteligentes en torno de la historia sinaloense. La *Peregrinación de los aztecas* y *La Atlántida*, revelan cómo quiso salir de la historia local y trabajar temas que guardaban conexiones más amplias con la historia de México y la de América. Eustaquio Buelna representó la madurez intelectual e histórica de Sinaloa en el pasado siglo, es el patriarca de su historia, la fuente primera a la que hay que acudir cuando de historiar a este estado y a sus habitantes se trata.

Francisco Javier Gaxiola es otro notable historiador sinaloense. Oriundo de la Villa nació el 31 de enero de 1870. Murió en la ciudad de México, en donde se radicó el 18 de noviembre de 1933. Abogado de profesión, militó en la política y llegó a ocupar puestos de representación popular como Diputado, Gobernador del Estado de México, y Diplomático. Desde joven se distinguió por su labor periodística realizada en *El Partido Liberal* y *La Patria* que dirigía don Ireneo Paz. A más del periodismo ágil y honrado, cultivó el ensayo. Buen conocedor del desarrollo literario del estado realizó importante labor crítica al analizar y reunir la obra de los *Escritores sinaloenses* iniciada a partir de 1890, y la cual es un modelo en trabajos de este género. Ansioso de rememorar las hazañas de los sinaloenses distinguidos, redactó una biografía bien equilibrada, justa y bella de *El General Antonio Rosales* y posteriormente se ocupó de reseñar *La invasión norteamericana en Sinaloa* (1891) en la que se refiere a los trágicos pero heroicos días en que el pueblo mexicano luchaba contra el invasor. Su obra *Sinaloa de 1850 a 1851*, publicada en 1898 concentra su atención a un año decisivo en la historia de este Estado. Ya radicado en México, elaboró la serie biográfica *Gobernantes del Estado de México* (1899) en la que nos presenta valiosas semblanzas de distinguidos ciudadanos. Bien cuidada labor, la suya es reveladora de un decidido amor al trabajo, de una vocación auténtica hacia las letras. Posterior a él, su hijo nos dejará también interesantes obras como *Las primeras instituciones políticas de México* y *Poinsett en México* (1936) que hacen honor a la tradición familiar.

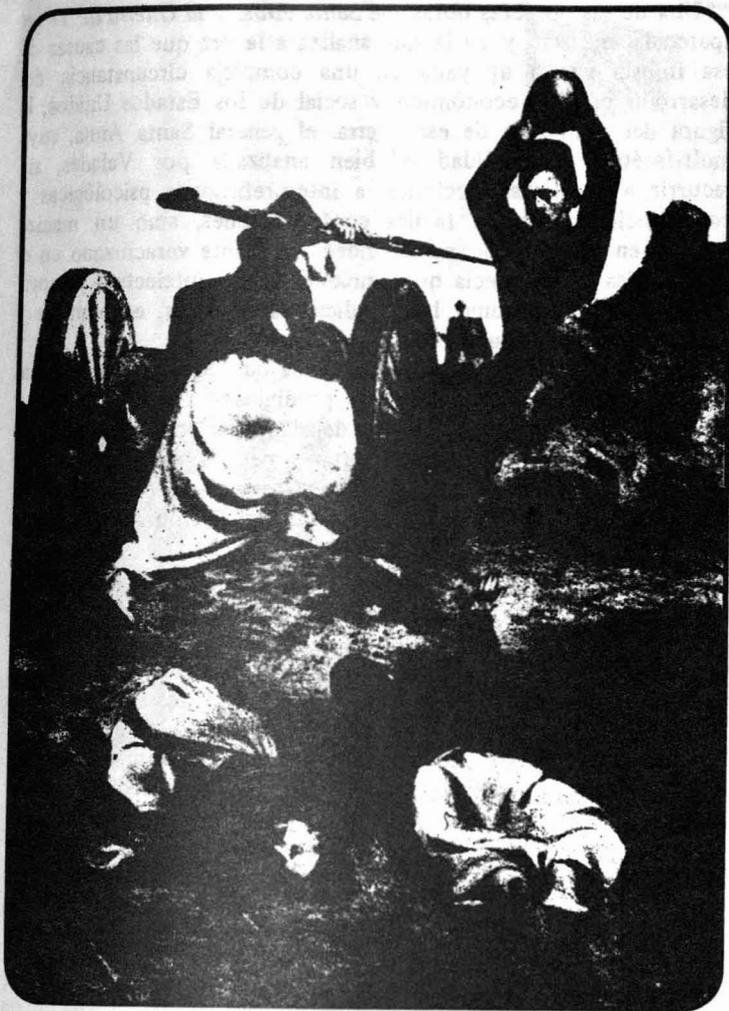
Genaro Estrada nativo de Mazatlán, en donde vio la luz el 2 de junio de 1887, es sin género de duda el escritor más notable del Estado, el que rebasa las fronteras locales y aun nacionales y el que se prodiga en una amplia labor cultural. Poeta, ensayista, historiador, bibliógrafo, diplomático sagaz, internacionalista distinguido, la actividad de Estrada es agobiante, fecunda, pródiga en aciertos. Diose cuenta Estrada que México necesitaba construirse, elaborar las bases para su desarrollo cultural. Si como diplomático y encargado de la política internacional de la República mantuvo la dignidad del país, lo defendió de todo intento de agresión, como promotor de la cultura no tiene rival. Sólo otro hombre de hacia los mismos años, José Vasconcelos, realizaría una obra de las dimensiones que Estrada acostumbró poner en las suyas. Don Genaro hubiera sido un gran ministro de educación semejante a Vasconcelos, mas desde su puesto en Relaciones Exteriores ejecutó una labor merítísima. Convencido que la cultura mexicana debería contar con los instrumentos indispensables que la registraran, rigorizaran y permitieran un desarrollo más amplio y general, se dió a la improba tarea de auspiciar la serie de *Monografías Bibliográficas Mexicanas* de la que aparecieron varias decenas de libros formulados por los más distinguidos especialistas mexicanos y aun extranjeros, serie que es un orgullo de México y de la bibliografía universal. Para precisar la posición internacional de México, señalar su continuidad y sentido, creó la serie *Archivo Histórico Diplomático Mexicano*, integrada también por decenas de títulos que permiten un conocimiento integral de nuestra historia diplomática. El mismo para la primera serie preparó la *Bibliografía de Amado Nervo* (1923) y más tarde sus *Notas para la bibliografía mexicana* en las cuales hace gala de saber, de su trato con libros de

todas las edades, de sus aficiones en diversos campos de la cultura. Como historiador de la diplomacia nos dejó *La doctrina de Monroe* y *el fracaso de una conferencia panamericana en México* (1939) y *Episodios de la diplomacia en México* (1928) obras señeras que muestran sus conocimientos de nuestra historia y de las difíciles relaciones que México ha tenido en determinadas ocasiones. En el campo de las Letras, Genaro Estrada ocupó lugar preferente. Sus libros de poemas *Crucero* (1928), *Escalera* (1929), *Paso a Nivel* (1933), *Senderillos* (1934) son reveladores de su fina sensibilidad, como también su preciosa serie de estampas que con el nombre de *El visionario de la Nueva España* publicó en 1921. En el campo de la novela incursionó con su obra *Pero Galín* (1926) y como crítico literario, agudo, certero, nos dejó la antología *Los poetas nuevos de México* (1916) que como escribiera Alfonso Reyes es "ejemplo de método, de exposición, de documentación, de claridad y de tino". Obra también crítica, que patentiza su madurez intelectual es la que dedicó a Amado Nervo, *Ascensión de la poesía* (1934). Fue traductor fiel y conciente de numerosos poetas franceses como Jules Renard y también crítico de arte como se advierte en *Genio y figura de Picasso*. Dejó inéditas su *Bibliografía de Goya* y *Nuevas notas de bibliografía mexicana* que póstumamente publicó José C. Valadés. En sus últimos años comenzó a dirigir la *Biblioteca Histórica Mexicana de obras inéditas* en la que editó libros muy raros y valiosos para la historia de nuestra patria. Amante de la cultura, la favoreció con cuanto pudo. El estímulo moral, el apoyo material, el consejo, la amistad, su saber amplio, todo ello puso en juego para impulsarla. El auxilio que prestó al "Pen Club", al grupo de "Contemporáneos", y a todas las empresas literarias, históricas y bibliográficas en invaluable. Don Genaro volcábase hacia todos los afanes y hacia todo el mundo y en medio de su continuo trajín, realizaba y hacia realizar obra fecunda. Es un privilegio para Mazatlán, el que haya recibido parte de su nutrida y valiosa biblioteca, después de su muerte acaecida en México el 29 de septiembre de 1937.

Héctor Olea Castañón, nacido en Badiraguato el 20 de agosto de 1909 es otro distinguido historiador sinaloense. Abogado de profesión, sus aficiones históricas le han llevado a ocuparse de aspectos relevantes de la historia del Estado. Una de sus primeras obras fue *La primera imprenta en las provincias de Sonora y Sinaloa* (1943) en la que tras minuciosa investigación aclara el momento y las circunstancias en que penetró la imprenta en estas regiones. El *Primer libro impreso en Sinaloa* (1956) revela su interés hacia estos mismos aspectos. A Olea se debe la *Historia del Puerto de San Juan Bautista de Mazatlán* (1953) en el que reseña el origen de esta población a base de nutridas y valiosas fuentes. Más tarde escribió, en 1955, *Origen de Sinaloa* y su sabroso y documentado estudio *Infidencias de Fray Bernardo* (1946). Su conocimiento del derecho lo hizo producir también un estudio penetrante que tituló: *Las verdaderas fuentes históricas del derecho Constitucional Mexicano* (1940). Gran trabajador, Olea nos lega obras reveladoras de su vocación histórica, de su amor a su tierra nativa cuyo origen y desarrollo ha descrito certeramente.

Dentro de esta nómina valiosa, con una personalidad sobresaliente y méritos auténticos asentados en su constante labor, honestidad intelectual, firmeza de convicciones, amplios y diversificados conocimientos, clara, fresca y bella expresión, certeros e inteligentes juicios y vocación auténtica, hay que colocar el nombre de un distinguidísimo historiador, originario de este puerto de Mazatlán en donde nació el 10. de diciembre de 1901, de José C. Valadés.

José C. Valadés procede de una familia cuyas raíces se extendieron por la Nueva Galicia, Durango y Sinaloa, pues su bisabuelo Francisco Valadés Rodríguez era oriundo de Tepic; don Remigio Rocha su abuelo, de Durango; y sus bisabuelos paternos los Félix Quiroz de Sinaloa. En el estado establecieron desde principios del siglo diecinueve y en Mazatlán en la década de los sesentas. Su familia militó siempre en las filas liberales, apoyó a Juárez en sus infortunios, combatió la intervención francesa y figuró en la oposición gubernamental. Su tío abuelo José Cayetano Valadés dirigió *La Tarántula*, periódico político de combate que le acarreó numerosos enemigos y aun la muerte. Don Francisco Valadés su padre, quien había seguido la profesión de químico farmacéutico y heredado las dotes intelectuales de su abuelo, muy joven formó un cenáculo literario en el cual figuraron Amado Nervo, Manuel



Bonilla, Estevan Flores, José Berumen, José Ferrel, Juan Sarabia, Jesús Gómez Flores y Manuel Manzo, años más tarde destacados en las letras mexicanas, en el periodismo revolucionario y en la política. Con José Ferrel, su primo, don Francisco Valadés creó la sociedad "La Aurora", en la cual a la vez que a las inquietudes literarias dábase pábulo a las políticas. De ese grupo surgió el cuerpo excelente de colaboraciones de *El Correo de la Tarde* que publicaba don Miguel Reyes y ahí también la decisión de don Francisco Valadés de emprender por su cuenta una labor periodística esencialmente literaria. Para ello con grandes esfuerzos y el auxilio de don Andrés Avendaño adquirió *El Correo de la Tarde*, el cual contó para rematar su prestigio con la colaboración directa y entusiasta de Heriberto Frías el gran periodista queretano. La filiación liberal y democrática de Valadés y Frías, deparó a Don Francisco persecuciones y ataques que pronto adelantaban su muerte. Maderista convencido, pero no satisfecho del ejercicio democrático en el país, don Francisco falleció al arribar a México huyendo de la persecución gubernamental que le obligaba a abandonar su estado natal. Muy joven, treinta y seis años tenía don Francisco al fallecer lejos de los suyos.

José Cayetano Valadés, hijo de don Francisco, recibió de su madre y abuela la formación y educación que normaron definitivamente su carácter, su manera de ser y actuar. El mismo recuerda en su sugestiva autobiografía, *Mis confesiones*, libro pleno de sinceridad, de fresca y limpia confidencia, de afán de reconstrucción no sólo del propio pasado, sino del pasado de una parte esencial de México, de su provincia, cómo al lado de sus seres queridos, adquirió una animadversión hacia lo feo y monstruoso física y moralmente, hacia la violencia y cómo supo que la razón debería manejarse con tino y prudentemente, cómo el amor, la belleza, la tolerancia, la comprensión y el cumplimiento del deber podían ser más eficaces que las amenazas, la fealdad, la imposición de una idea o de una forma de ser y que el abandono negligente.

En el Colegio Mazatlán de don Felipe Valle quien había sido discípulo del excelente pedagogo Gregorio Torres Quintero, el niño José Valadés recibió su primera instrucción, y gracias al señor Valle, confiesa años más tarde, debe haberse abierto para él el camino del pensamiento mexicano. "Más que un pedagogo, escribe, el profesor Valle era un político doctrinario. Lector asiduo como mi padre, del

doctor Agustín Rivera y hombre de indiscutible disciplina en el trabajo, hizo de Mazatlán una tribuna de la civilidad con tanto y discreto talento que las autoridades no advirtieron el poder de aquella escuela que daba corazón y cerebro a los hombres del futuro."

Viuda y al enturbiarse la paz de México, doña Inés Rocha de Valadés planeó dar a sus hijos sólida educación, el único patrimonio que tenía a su alcance. California, en donde tenía familiares y amigos fue el sitio elegido. A los Angeles se trasladó con sus hijos y ahí con extremos sacrificios pudo formar a su familia. Muy temprano José, quien entraba por entonces en la adolescencia, conoció las privaciones y para disminuir penas y trabajo de la madre, voceó periódicos y desempeñó puestos humildes en una casa de comercio. Fue en Los Angeles en donde al lado de su primo Rafael Buelna, de quien escribió más tarde emotiva biografía, supo del alcance de la revolución Mexicana, conoció a varios de sus dirigentes, que amigos de su padre, visitaban a su familia, y fue allí también en la Biblioteca Pública de esa ciudad en donde ingresó en el mundo maravilloso de los libros. "Ahí, —escribe— empecé a leer con indecible fruición. En pocos meses no hubo libro referente a México ya en inglés, ya en español, sobre el cual no pasaran mis ojos y mi cabeza. Y si Lumholz despertó en mí el interés al estudio de las culturas indígenas, Prescott sirvió al comienzo de mis aficiones históricas. Y —agrega—, como si el soplo amantísimo de mi abuela alimentara mi espíritu, quise a la Biblioteca pública de los Angeles, como cosa mía y descubrí en ésta, la hichicería de los libros."

Después de su estancia en Los Angeles en donde su juventud se despertó, la familia Valadés Rocha regresó a México estableciéndose en la capital. Ahí José C. Valadés prosiguió sus estudios. Acudió a cursos universitarios que no satisficieron sus ideales, leyó como todos hemos leído en la juventud, sin mucho orden ni método a los autores en boga, los libros de espiritualidad y de teosofía, a los teóricos políticos, a los clásicos rusos, Pushkin, Dostoievski, Andreiev y Máximo Gorki, a Kropotkin y a otros más en quienes se fundamentaba el triunfo de la revolución rusa.

Con un grupo de amigos, Eduardo Delhumeau, Francisco Morales y Fernando Torres Vivanco discutía las diversas ideas encontradas en los libros y en las conferencias de algunos simpatizadores de la revolución soviética, y llenaba su alma de nuevos y vigorosos alientos juveniles de trascendencia universal. De esos primeros contactos, no con los problemas sociales sino con sus teóricos derivan las siguientes reflexiones:

"Esos días de lectura dedicada a las obras de Kropotkin fueron de los más deleitables de mi juventud. ¡Cuánto amor hacia el género humano se despertó en mí! ¡Qué de bellos conceptos sobre la sociedad! ¡Cómo se apoderó de mi alma el culto de la libertad! "

Metido en la vía que abren el entusiasmo juvenil, la limpieza de ideales, el desinterés y la honestidad propia de esos años, Valadés ligose prontamente a los grupos activistas que deseaban dar al México postrevolucionario una dirección filosófico-política determinada. Primero entre las filas de los anarco-sindicalistas, posteriormente conectado a los primeros agentes del comunismo internacional como Fran Seaman, José Allen, Sen Katayama, integró las primeras filas de la juventud comunista de México con un puñado de jóvenes igualmente idealistas cuyos anhelos habían pasado de los del igualitarismo universal de su primitivo grupo, a anhelos de una transformación socio-económica más amplia, efectiva y permanente. Su amistad con aquellos dirigentes, la lectura más afanosa de obras fundamentales del socialismo, la experiencia en torno de encontrados intereses entre los líderes obreros, las conexiones de éstos con el Estado, la manipulación de los grupos, la deslealtad de correligionarios a quienes había dado el título de amigo y tendido la mano, los ataques injustos y malintencionados de quienes deberían haberle apoyado, todo ello contribuyó a separarle de los grupos activistas del comunismo mexicano, sin renunciar a sus generosos ideales, que encaminó a una realización en la que la acción individual e inteligente en favor de núcleos más amplios consideraba mucho más efectiva.

De este momento deriva una primera obra suya publicada por el Partido en 1922, *Revolución social o Motín Político*, en la cual, armado ya de un buen arsenal de ideas y de información histórica hace un análisis apretado pero muy sugerente de la historia económica y social de México y de las luchas revolucionarias a

partir del siglo XIX. Los problemas obreros, los de los campesinos, los del Estado burgués son analizados con la penetración y el entusiasmo de un joven revolucionario de veintiún años. Muchas de las afirmaciones que sus escasas cincuenta y seis páginas contienen habrá de confirmarlas posteriormente, en plena madurez. Esto revela el juicio claro, lúcido, que le movía en la realización de sus trabajos.

Cuenta Valadés que en esos años aprovechó el tiempo libre para frecuentar la Biblioteca Nacional de México, en donde la palabra amable y la ayuda efectiva de don Juan B. Iguiniz, por entonces Subdirector de la institución, le permitieron adentrarse en sus ricas colecciones y acopiar amplios conocimientos no sólo en torno de la historia social, sino de la general de México. El haber tratado de comprender la historia social, lo cual no puede hacerse sin interiorizarse de la economía y de la política, permitió a Valadés adquirir un vasto saber de la historia universal, hecho positivo que se advierte en toda su producción histórica, pues no es la suya una historia parroquiana, enclaustrada en nuestras reducidas fronteras sino un enlazamiento con el acontecer histórico universal, un situar atinada y juiciosamente a la historia patria dentro de desarrollos históricos generales. El no perder de vista cómo la propia historia obedece a impulsos universales, a movimientos cíclicos de corto y largo alcance y profundidad, a tendencias e intereses exteriores, otorga a la visión de la historia mexicana de José Valadés, un valor extraordinario. Ello le permite diferenciar lo propio, lo esencial, de lo que procede de fuera, de lo incidental y caracterizar lo peculiar de la historia mexicana sin despojarla de todo cuanto positivo le haya sido dado externamente.

Orientada hacia el conocimiento de un tema que por vocación le apasionaba, y deseoso de utilizar ese conocimiento en una acción política eficaz, Valadés llegó a profundizar, como ninguno de nuestros historiadores en la historia social. Reunió preciosos y abundantes testimonios algunos de los cuales utilizó en sus obras. Muchos dejó en su archivo en espera de emplearlos en varios libros que tenía proyectados.

La historia social enfocó tanto como doctrina de las ideas y luchas sociales cuanto como historia de la sociedad, de los grupos, de las individualidades y de las colectividades, de sus ideas, comportamiento, gustos, preferencias, aptitudes. No la empleó para hacer cuadros cerrados a manera de divisiones biológicas, que creía ajenas a la esencia humana, sino interpretaciones de una conducta en la que inteligencia y voluntad actuaban pareadamente. Ello le llevó a rechazar expresiones que la inercia y la falta de reflexión imponen, y a proponer en lugar del concepto de mestizaje, la idea de un fenómeno de incesante perfeccionabilidad de cuerpo y de alma en el hombre de América Latina. Por ello señala que "los lazos que unen a América y concretamente a México con España no son sólo los del alma y del cuerpo, pues con la Grande España nos atan las artes a veces misteriosas de la ecología tan similares en uno y en otro suelo y el carácter de insojuzgatorio popular de ambos países. Nada en efecto, causa tanto pasmo como el parecido, primero, del teatro de la naturaleza con el centro y sur de España con el teatro de igual género en la dilatada altiplanicie mexicana; luego el de las relaciones entre ese medio y los organismos vivos. Como consecuencia de tal representación no sería anticientífico el apellido al español de esas regiones de *hombre de temporal*, que damos a México al de la meseta superior. Pero como he dicho, hay una manifestación más que nos acerca a España y nos hace reconocer su grandeza. Trátase del ejercicio de su autoridad hispánica no superada en el orden inmaterial; pues circuido el país por costumbres y hábitos fáciles de inficionarse en otros pueblos, y no obstante la pobreza de su suelo y de su gente, España ha resistido todas las tentaciones foráneas para cultivar impertérrita sus propios modos e ideas. Tales dones del españolismo constituyen el halo admirable de la Grande España; y es igual corona la que da trono y solemnidad a México".

Justamente esta idea, de la esencia mexicana, del poder de México para no diluirse con otras culturas, para resistir victoriosamente los embates de propios y extraños y adquiriendo fuerza en la desgracia, superando su tragedia y empeñándose siempre en su propia defensa y en la de todas las causas justas y nobles, fue lo que condujo a José C. Valadés, una vez que maduró su pensamiento y se nutrió su caudal histórico a ocuparse de una de esas luchas, la que México, como joven David, sostuvo con el gigante norteamericano.

Una de sus primeras obras fue *Santa Anna y la Guerra de Tèxas* aparecida en 1936 y en la que analiza a la vez que las causas de esa injusta guerra apoyada en una compleja circunstancia del desarrollo político económico y social de los Estados Unidos, la figura del conductor de esa guerra, el general Santa Anna, cuya multifacética personalidad es bien analizada por Valadés, sin recurrir a novelescas ficciones, a interpretaciones psicológicas y endocrinológicas, ni a fáciles configuraciones, sino un macizo estudio en torno de la personalidad del milite veracruzano en el que precisa la influencia que ambiente físico, intelectual y moral ejerció en él, así como las condiciones políticas, económicas y sociales del país en que su vida se desarrolló.

De Santa Anna dejará una semblanza que concentrada en unas cuantas líneas nos recuerda los prodigiosos retratos físicos y morales que Hernando del Pulgar dejara de sus contemporáneos, y esa semblanza la habrá de completar y perfeccionar en otra obra suya que continúa ese tema, *Breve Historia de la Guerra con los Estados Unidos* (1947) en la que el retrato de Santa Anna es como un camafeo de perfecto y delineado.

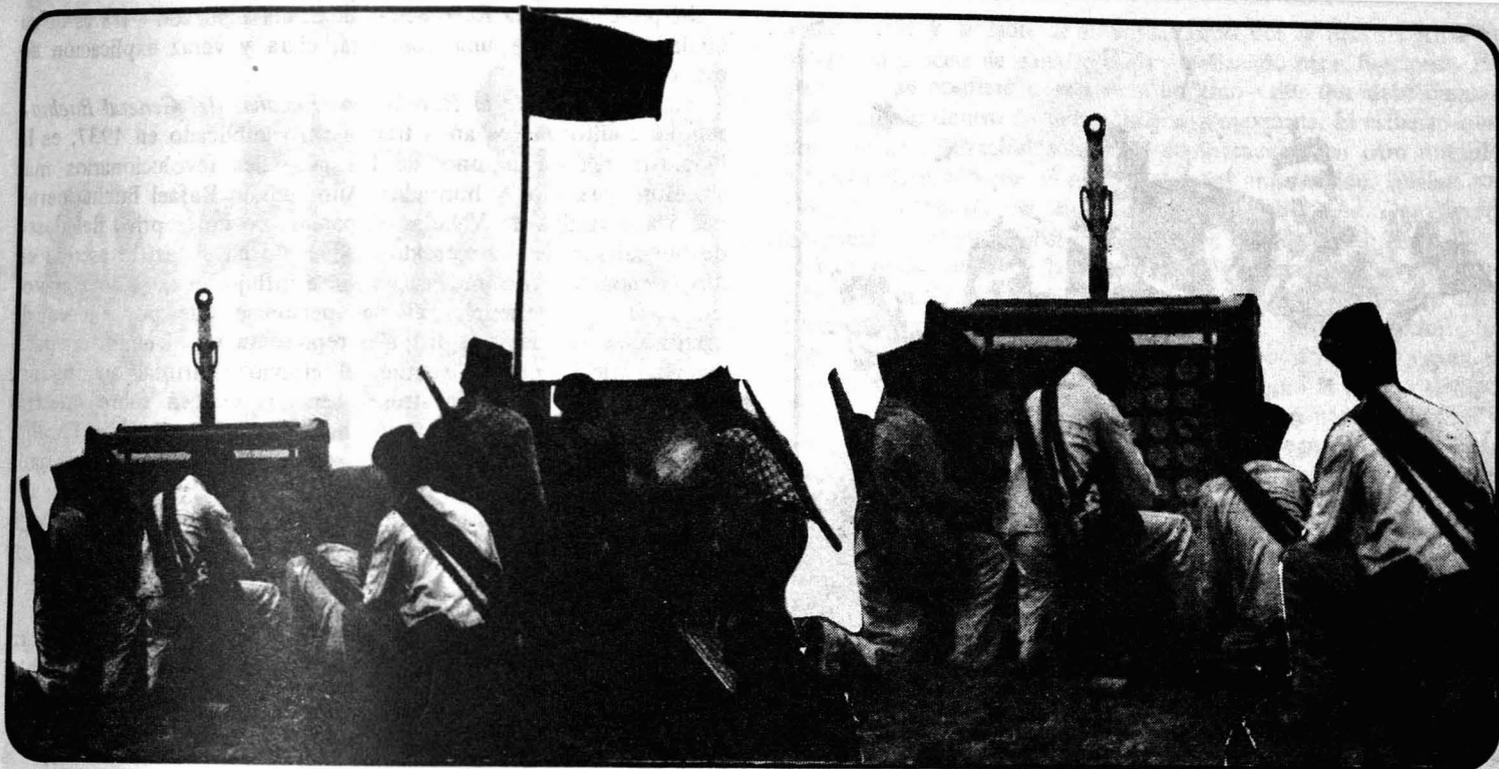
"Era el general Santa Anna —escribe— inteligente y sutil. Su porte y sus maneras ayúdanle en las empresas que persigue. Hace afectos con la misma facilidad que los extingue. Como no es hombre de doctrina política, tampoco de originalidad, las ideas, al igual que la amistad, las tiene por superficialidades. Todo en él es facticio por lo cual jamás se ocupa de dar solidez a sus actos. Pretende que la autoridad y la moral, y el individuo, y la nación sean obra de su capricho y por lo tanto hace incoherentes sus designios. Dásele a consecuencia de este arte, el apellido de dictador sin serlo." Y del otro gran personaje, del pueblo de México, el que hace la guerra y sufre y muere, en ambas obras Valadés recrea su historia, narra sus preocupaciones, su tragedia, los engaños de que siempre es víctima, y pinta con acritud, con severa justicia a los malabaristas de la política, a los grupos que dejaron indefenso al país por proteger particulares intereses.

El libro acerca de Santa Anna presenta varios aciertos. Su inicio rompe una costumbre que peca por cansona, el iniciar la biografía por el nacimiento del héroe. Valadés al revés, como un buen novelista o dramaturgo escoge un momento culminante de su personaje, el de su muerte para de ahí arrancar la narración de su vida y su participación en la guerra de Texas. El desarrollo de su acción es atractivo e impide soltar el libro. Encadena certera e inteligentemente los acontecimientos, proporciona nutrida información que ha tornado accesible al lector, le evita digresiones inútiles y le instruye, deleita y crea una conciencia clara de ese difícil periodo de nuestra historia. Abundante bibliografía en la que se perciben a más de las obras nacionales, las extranjeras existentes, da una sólida y erudita contextura a este trabajo.

La *Breve historia de la guerra*, recapitula el tema, lo amplía como su propio nombre lo indica y a base de una narración fluida y sumamente atractiva expone a los lectores una historia que con ser sumamente compleja y difícil, aparece nutrida, fácil de leer y comprender. Difícil tarea la de hacer fácil lo difícil, la de convertir lo complicado y vasto en algo sencillo y breve. Esa difícil facilidad de comunicar el pensamiento, la revela Valadés en estas obras, en las cuales ya quedaba patente su gran condición de historiador.

Una vez que hubo redactado estas dos obras, Valadés quedó prendido en los reflejos que una gran personalidad del siglo diecinueve desprendía, en la gran calidad de estadista e historiador que Lucas Alamán poseyó. Don Lucas Alamán, quien configuró durante muchos años no sólo la política nacional sino la internacional encontró en Valadés a su mejor biógrafo. Ni antes ni después de la de Valadés se ha producido un estudio mejor en torno a su figura. Con entusiasmo, justeza, finura en sus apreciaciones, un conocimiento profundo del hombre y de su circunstancia, Valadés penetró en la vida y la obra del gran guanajuatense y dejó un retrato acabado del biografiado en el cual, el dibujo de su relevante personalidad intelectual y moral, la composición precisa, bien equilibrada entre el estudio de sus aciertos y errores; el colorido que su época y carácter personal proporcionaban y la perspectiva del tiempo en que biografiado y biógrafo se sitúan resultan modelo.

Creo sinceramente que esta biografía de Alamán y la que hizo más tarde de un personaje completamente diferente del Alamán pero igualmente dotado de una profunda raigambre y esencia mexicana, la de Melchor Ocampo, son dos piezas fundamentales



para entender no sólo a esos dos hombres que tanto hicieron por México, sino para comprender buena parte de la historia mexicana.

Ocampo le atrae más y aún cuando las referencias a su persona y a su labor eran más escasas que las de Alamán, supo sacarles provecho, a base de estudiar fuentes muy diversas, de profundizar en el análisis de la obra del ilustre michoacano y de reflexionar acerca de la época, de los hombres y de los problemas que le rodearon, y así presentarnos uno de los pocos trabajos válidos que acerca del hombre de Pomoca tenemos.

Es en esas dos biografías en las que Valadés muestra haber alcanzado plena madurez como historiador. ¡Qué juicioso en sus afirmaciones! ¡Qué hondo y reflexivo al escudriñar la conciencia ajena, al interpretar la conducta, e ideas de sus personajes! ¡Cuán prudente para analizar el vértigo de pasiones e intereses de la sociedad en que se movían y cuán veraz para señalar los errores, conscientes o no que aquellos cometieron!

Cuando Valadés comenzó a redactar la biografía de Alamán estableció un sistema que muestra cómo quiso seguir el camino que los grandes biógrafos marcaron, el único que hace posible penetrar en la selva intrincada de los pensamientos y las acciones ajenas, el único válido que consiste en adentrarse en la circuntancia total del biografiado, el "trasplantar —como él lo escribe— sentido y realidad, realidad y sentido a los hechos del pasado. Se ha de vivir en un mundo diferente al que se vive. No fueron ni los hombres, ni la sociedad de ayer, la sociedad y los hombres de hoy".

"Ha de olvidarse la subjetividad que nos rodea. Hay que vivir por horas y por días, un mundo que fue y que ya no es. Hay que desligarse de la sociedad, de los amigos, de uno mismo; y gozar y sufrir, y pensar y creer lo que el biografiado gozó, sufrió, pensó y creyó".

"Y si a veces —prosigue— hay necesidad de abandonar al biografiado, es para avalorar los instantes de su vida y de su historia, en los cuales el desquiciamiento moral o el desquiciamiento físico le empequeñecen en grandezas o lo engrandecen en pequeñeces. Y no es esta avaloración un Juicio Final; no es la sentencia histórica, que no existe en el método objetivo; no es la elección entre lo apolíneo y lo satánico: es la guía arquitectónica para una figura que reconstruye."

Así, sencillamente, fuera de discusiones barnizadas de posturas y términos muchas veces pedantes, exponía su posición filosófico-histórica que más le gustaba aplicar que enunciar.

De ambas biografías podríamos desprender trozos espléndidos reveladores de su penetración sensible, del hallazgo feliz del alma y de la mente de sus biografiados. Sorprende al concluir la lectura de Alamán, encontrar como resumen entero de su vida las siguientes palabras: "tan grandes y tan nobles y tan desinteresadas y tan

civilizadoras fueron las obras del hombre, del estadista y del historiador" que mereció el siguiente epitafio: "Le adornaron relevantes virtudes y distinguióse por su ciencia y su erudición en la Historia y las Humanidades. Descolló fácilmente en el desempeño de arduas tareas de la República".

Así, con esta economía conceptual, expresaba su admiración por su biografiado. Y en el caso de Ocampo, en cuyo estudio tuvo que hacer intervenir a los hombres más discutidos del siglo XIX y analizar las ideas que transformaron a una nación, hay que advertir cuán sabiamente penetró las conciencias de todos esos próceres, cómo captó los hilos conductores que les movían a defender y construir una nación y las peculiares formas que cada uno utilizaba. No empleó Valadés el sistema de denigrar al enemigo para engrandecer al héroe, procedimiento maniqueo muy usado por los historiadores, con lo cual no se gana otra cosa que empequeñecerlo, sino que supo dar a todos los personajes en contienda la altura moral e intelectual que hizo grande la empresa. Personalidades relevantes y muy opuestas fueron las de los liberales del pasado siglo, y todas las que figuran en la biografía de Ocampo, muestran caracteres recios y firmes, todas ellas están presentadas veraz y certeramente y es de ese concierto varonil y extremadamente patriótico, de donde emerge la grandiosa figura de Ocampo. Valadés logra en ese libro, revelar con pasmosa claridad y sin explicaciones filosóficas pedantes, el pensamiento de Ocampo, mostrar cómo las ideas circulantes en su época influyeron en él y en toda su obra. Revela también cómo los liberales, a despecho de muchas afirmaciones, sí estuvieron conscientes de los males sociales existentes en su época y trataron de remediarlos, y cómo hombres como Ocampo y otros muchos, para aliviar los males de la Patria trataban de fortalecerla interna y externamente.

El pensamiento y obra de Ocampo, "maravillosa cúpula de armonía y laboriosidad" como la llama, encontró en Valadés un excelente biógrafo, pero un biógrafo que explica vida y pensamiento con relevante altura. El libro entero está lleno de hondas reflexiones que permiten no sólo entender la vida de Ocampo, sino la historia mexicana en aquellos años. Hay en él frases que muestran no sólo la compenetración en el personaje, sino también cómo el espíritu del Patricio hizo vibrar las cuerdas más sensibles de su biógrafo y expresar ideas envueltas en formas perfectas, por bellas y justas. Frases como éstas, unidas al severo juicio histórico, muestran a qué altura de perfección literaria llegó Valadés:

"Ocampo no ha tenido agonía. Escrito el testamento, las horas le deben servir para expurgar la idea de la muerte. Ahora ésta será reflexiva. La necesidad de morir puede ser belleza, si el hombre deja tras de sí carne y alma de sucesión."

Y más adelante al meditar en el destino último, dice: "el individuo es más fuerte en la obscuridad, cuando mayores han sido



El principio de la Revolución Mexicana analizado a través de su iniciador, encuentra una completa, clara y veraz explicación en esta obra.

*Las caballerías de la Revolución (Hazañas del General Buelna)*, aunque escrito en los años treinta pero publicado en 1937, es la biografía relativa a uno de los generales revolucionarios más sinceros, aguerridos y honrados. Aun cuando Rafael Buelna perteneció a la familia de Valadés, el parentesco no le privó del deseo de biografarlo. Había ejercido desde niño en él, así lo escribe en *Mis confesiones*, enorme fascinación e influjo, el del primo mayor en edad y experiencia, el del personaje que por exceso de condiciones físicas y espirituales representa un ejemplo, un paradigma. ¿Quién no ha sentido el efluvio espiritual que padres, hermanos, parientes, maestros o amigos ejercen sobre nuestras mentes juveniles? y si su acción ha trascendido el núcleo familiar y derramándose en la colectividad, y aun cuando así no fuera, nada ni nadie impide el que acerca de ellos podamos escribir una biografía. Por otra parte, cuando el conocimiento del biografiado es amplio e íntimo, qué mejor que el historiador con su propia vivencia, pero sin deformar los hechos y las ideas, rehaga la vida de ese personaje que ama u odia.

Este es el caso de este libro, aun cuando la figura del general Buelna, situado en el vértigo revolucionario, haya sido notable. Aquí se trata de reconstruir un gran trozo de la revolución mexicana a través de una de sus figuras más relevantes. Valadés explica que trató de hacer de este estudio un retrato psicológico que no quedara aislado del conjunto social y económico en que su personaje se movía. Y a fe que lo logró con acierto, ya que grande fue la admiración que por el personaje sentía y más grande aún su esfuerzo por situarlo dentro de un acaecer, el de la Revolución Mexicana, en cuyo significado penetró muy hondo. Esta obra se caracteriza también por un recurso metódico que le confiere gran atractivo, el uso del diálogo entre los personajes que intervienen, lo cual imprime acción, movimiento efectivo a la narración.

Breve retrato psicológico, acertado, sobrio, que muestra, como el anterior, conocimiento del personaje y de su época, es la biografía de *El Presidente Ignacio Comonfort* (1966). Constreñida a los límites de una colección que no permitía amplia extensión, en escasas sesenta páginas, historia años cruciales de México, los de la Reforma, y en ellos sitúa a Ignacio Comonfort. Escrita a la clásica, en riguroso orden cronológico, reconstruye el ambiente político, económico, social y cultural del país y coloca en ese acaecer la vida y la obra del caudillo poblano, pródiga en acontecimientos, muchos de los cuales originaron graves problemas al país. Las virtudes, defectos, golpes de valor, honradez, exaltado patriotismo, todo es advertido por el autor quien deja a manera de conclusión un precioso retrato del personaje que no nos resistimos a copiar:

"Tenía don Ignacio Comonfort una hermosa figura varonil. Un retrato de la época le pinta de elevada estatura y corpulento.

"Poseía una hermosa cabeza, de la cual era espejo una frente ancha, despejada y venturosa; y como tenía la cara picada por la viruela, discretamente cubría aquel defecto, que parecía afearla y mortificarle, con la espesura de una barba negra y esmeradamente cuidada.

"Vestía, lo mismo en paseos que en funciones oficiales, con levita negra. Era extremadamente ceremonioso. Gustaba vivir solo; y cuando fue Presidente, habitó una modesta pieza en el extremo oriental de las salas presidenciales del Palacio Nacional.

"Tenía don Ignacio una voz un poco tipluda, pero de tonos amables y afectivos. La simpatía y benevolencia brillaban en sus ojos. Más que un gobernante tenía el aspecto de un romántico. Quizás lo era. La política de la segunda mitad del siglo XIX, solía dar calor a ese género tan singular de individuos que cuando alcanzaban el mando supremo de los Estados eran más idealistas que los idealistas mismos. Tal vez ese fue el pecado que en su alma de político llevó don Ignacio Comonfort consigo; posiblemente, el que no le permitió triunfar como caudillo maduro y perenne de la Reforma."

*El Porfirismo, Historia de un régimen*, (1941-48) obra distribuida en varios volúmenes, no es propiamente una biografía, aun cuando sea en torno de la vida de un hombre que gira todo su contenido. Este trabajo representa un macizo, fundamental y notable estudio en torno de una época, de un régimen político que fue originado por una circunstancia económica, social, cultural o

sus frutos a la luz del sol". Precioso juicio con el que concluye esta notable biografía.

En sus páginas hay también nutridos razonamientos en torno a los problemas seculares de México y conmovedoras páginas destinadas a interpretar la vida sentimental de Ocampo y en las cuales Valadés, vuelca espontáneamente, sus ideas en torno de lo que debe ser la vida familiar, la comunión amorosa entre hombre y mujer, la entrañable relación con los hijos, los que proceden de la sangre o del espíritu. También se halla ahí una precisa y preciosa defensa de la epístola de Ocampo que exaltadas feministas jamás podrán entender. ¡Peor para ellas!

Dentro de este género, la biografía, (y perdónese me no siga un criterio meramente cronológico) hay que tomar en cuenta otras obras fundamentales. *Imaginación y realidad de Francisco I. Madero*, editada en 1960 en dos nutridos volúmenes, muestra cómo Valadés una vez en pleno dominio y madurez de sus facultades, era capaz de elaborar una obra perdurable, maciza, rica en cálidas tonalidades. El apóstol de la democracia, Francisco Ignacio Madero es analizado en este libro en forma íntegra. Antecedentes familiares, arraigo a la tierra y al medio, desarrollo vital desde la infancia, estudios, formación, integración de su personalidad física, intelectual y sensorial; preocupación por los problemas del país y fórmulas por él propuestas; ligas con los grupos liberales y revolucionarios; planes y sistemas políticos; su ingreso en la política nacional; finalidades, errores, aciertos, todo ello situado dentro de la circunstancia general del país, precisando las relaciones humanas y políticas del héroe con sus semejantes.

Firme y nutrido aparato erudito apoya las afirmaciones, y así ningún dato se deja sin explicación; maciza compulsa de las fuentes y elección cuidadosa de la información, y por sobre todo ello una entrega y una pasión enorme, una dación absoluta al alma del personaje para arrancarle sus aspiraciones más profundas, para comprender, compenetrándose en él plenamente, la grandeza de su vida, la razón de su lucha y el resultado de su sacrificio.

A la vez que en este libro se exalta la figura de Madero, se le presenta en toda su grandeza, y con veracidad y valentía se fustiga a los causantes de su muerte. Valadés renueva a lo largo de todas sus páginas, bellamente escritas, su gran amor a la libertad que es "el más preciado de los dones del individuo y de la sociedad".



la inversa si se desea. Desde su presentación, Valadés explicó que “ordenando los elementos de origen y siguiendo el compás espiritual y material de una vida que explende y que madura hasta formar un modo de existencia”, podría llegar a determinar cómo y por qué el porfirismo fue un régimen.

Hasta el momento en que Valadés se decidió a escribir acerca del porfirismo y de don Porfirio, este tema de nuestra historia resultaba casi tabú. Al incienso al régimen, que sus aduladores habían proporcionado, había seguido una desenfrenada literatura que achacaba todos los males pasados, presentes y futuros al general Díaz. Había que poner las cosas en claro, deslindar los campos y precisar que el personaje no era ángel ni demonio sino un hombre cuyo amor a México le llevó a realizar actos heroicos, mas su deseo de poder, muy común en todos nuestros gobernantes, lo inclinó a tratar de retenerlo para hacer una nación, fundar un Estado respetado y respetable sin cuidar las fórmulas.

En medio del reflujo de las crudas pasiones que aún agitaban México, Valadés el primero, se hechó a cuestras la tarea de comprender y hacer comprender a los demás más de tres difíciles décadas de la historia de México. Improbable trabajo, magna tarea para cuya realización sólo contó con su propio esfuerzo, sus conocimientos que cada día aumentaban y una firme voluntad. Uno se asusta de la magnitud de la empresa, de la dificultad de atender una sola persona los muy diversos aspectos que tuvo que comprender: económicos, sociales; políticos, internacionales e internos; culturales, etc. y no se puede explicar cómo fue posible a Valadés emprenderla. Puede uno advertir que ella contiene fallas y errores que él mismo aceptó, mas ante todo hay que aceptar que su realización significó el primer esfuerzo válido, serio, metódico por hacer luz en una época de gran trascendencia en todos los conceptos para México.

Fruto de un trabajo individual *El Porfirismo*, tiene las limitaciones que toda labor particular puede presentar, pero el gran mérito de haber abierto la brecha y marcado la pauta a otros estudios. Todo un equipo, con amplios recursos, con todo el tiempo por delante, pero guiado también por un hombre de una voluntad semejante a la de Valadés, pudo mas tarde emprender esa tarea. En el momento en que Valadés escribió, las instituciones que hoy realizan trabajos de esa índole no existían, el historiador trabajaba

aisladamente y al lado de su entusiasmo por la historia tenía la obligación precisa de ganarse el pan realizando otras funciones. Es esto, lo que confiere a esta obra un gran valor que debe quedar bien marcado dentro de la historiografía mexicana. El esfuerzo que puso en su realización sólo tiene comparación con otro notable esfuerzo ejecutado por él mismo, el haber emprendido, igualmente solo, la redacción de su extraordinaria obra, *La Revolución Mexicana* (1963-1968) distribuida en diez nutridos volúmenes.

Esta obra acerca de la Revolución Mexicana, “la única revolución rural en la historia universal”, como él la califica, es una obra titánica y aún no ha sido apreciada en su justo valor. La elaboración de estos dos trabajos, nos hacen situar a Valadés al lado de esos enormes historiadores nuestros que al mismo tiempo que hacían o dirigían la política reflexionaban con un profundo amor por México y proponíanle caminos a seguir. Se emparenta Valadés con uno de sus personajes, con Alamán y con otros más del pasado siglo, José Fernando Ramírez y Justo Sierra, en su enorme anhelo de explicarse la historia de su patria, de entender el por qué de la acción de sus hombres, penetrando en todos los aspectos que pudieran dar una explicación más satisfactoria.

Su insatisfacción ante las versiones acomodaticias y francamente falsas, llevó a Valadés a rechazar todo aquello que no satisficiera su ansia de verdad, su deseo de explicar certera y válidamente la historia mexicana. Por ello separóse de los criterios dogmáticos así como de los que con finalidades de una política de galería, de los demagogos cívicos que tienen su santoral particular, rechazan el estudio de hombres a quienes sin entender, repelen.

Esto lo explicó certeramente, cuando víctima de críticas de tirios y troyanos publicaba *El porfirismo*.

“De no pocas y acres censuras he sido objeto por haberme dedicado a estudiar personajes —excluidos o mancillados por la historia liberal— como Antonio López de Santa Anna, Lucas Alamán, José María Gutiérrez de Estrada y Porfirio Díaz, no obstante mi liberalísima cuna. A esto respondo que no por los devaneos, o sutilezas, o antimexicanidades, o absolutismos de tales hombres, se les ha de colocar en el valle de vilipendio. La historia no es la ciencia llamada a extirpar épocas o individuos; esa tarea pertenece, en todo caso, a la política. Mi propósito guiado siempre por mi amor a México y a las libertades, y sin que ello me origine conflicto interno alguno; mi propósito, repito, es ir al alcance de todas las huellas, bien superficiales, o bien profundas, de lo mexicano; porque ¿de qué otro modo si no es trasponiendo los prejuicios, los embelecos y las cominerías, puede encontrarse la raíz de nuestros males y la sombra de nuestros bienes?”

“Si en el correr de largos años solamente los oficinescos se creyeron dueños de la composición de la historia de México correspondiente al siglo XIX, un nuevo amanecer tendrían los trabajos históricos con la vastedad que la Revolución dio a la vida mexicana. A una historia oficial, que desecha lo que estima conveniente a fin de consolidar la autoridad política de partido, se sucede la que persigue infatigablemente todos los signos de la naturaleza nacional.”

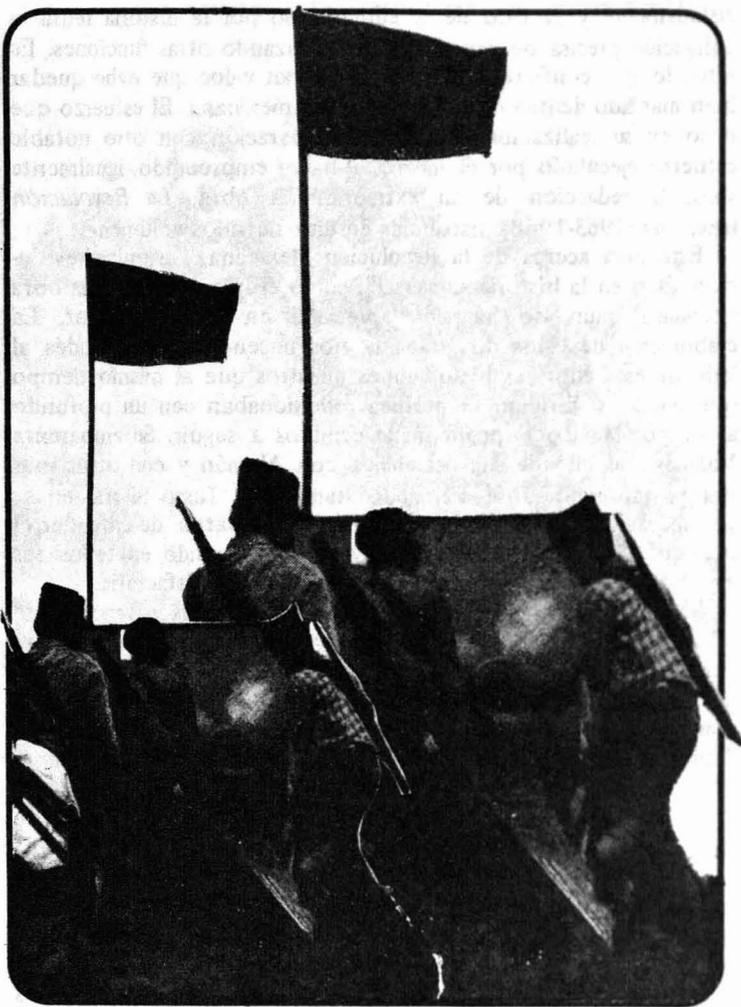
Y mostrando su inconformidad con el dogma oficial que se recrudece en determinados momentos, califica a ese dogmatismo en la siguiente forma:

“Hija de una innatural paz, esa historia fraguada por los adalides literarios del porfirismo, cubrió con el espeso manto de la autoridad ideas, hombres y hechos que parecían contrarios al ensalmo pacifista; y si conservó algunas figuras y pensamientos fue a guisa de adorno para sus páginas. Condenó, al mismo tiempo, todas las inquietudes —prodigio de los innúmeros pesares de un pueblo— para sembrar el escepticismo cívico, la desconfianza en la comunidad, el orden de las jerarquías, el desdén a las libertades, el desprecio a lo popular.

“Leyendo esa historia oficial, crecimos odiando todo lo acaecido en nuestra patria en los dos primeros tercios del siglo pasado, pues los historiadores del Estado sólo nos hicieron conocer los horrores de la traición y del crimen, para realizar la magia pacifista.

“No repasar esa edad mexicana, por obsecuencia a quienes denigraron los valores de una nacionalidad formada con insurrecciones corpóreas y espirituales frente a un golfo de ambiciones exóticas, era antipatriótico. Tal es el origen de los afanes para hacer espléndida y fructífera una historia aoficial.”

Así revelaba con entera franqueza su intránsigente, valiente, auténticamente científica y honrada posición histórica.



Cuando uno se asoma a los millares de páginas de la *Historia de la Revolución*, y analiza cuidadosamente su contenido, la arquitectura de ese inmenso trabajo, la riqueza de información en que se apoya, el esfuerzo por explicar sin premuras vastos movimientos y complejas ideas, sin sacrificar la claridad ni la trabazón entre cientos de personajes, sin restar a ninguno de ellos, ni a la colectividad, los méritos auténticos de su acción ni paliar sus defectos, tiene obligatoriamente que aceptar que esta obra, de un solo hombre, es una obra capital extraordinariamente valiosa necesaria para conocer el proceso histórico denominado la revolución mexicana.

Pero junto a estas obras cumbres del talento de Valadés, hay otras que no son menos importantes, y aun podríamos señalar, como de mayor valor.

Una obra que no ha sido utilizada suficientemente hasta el día, es un pequeño libro que a mí en lo personal me parece precioso, su *Breviario de Historia de México* (1949). Escrito a manera de diálogo platónico, su contenido es luminoso y de una riqueza y fecundidad admirables. No es breviario por ser breve, conciso, sino porque en él se puede abreviar, beber el conocimiento. Pues bien, este *Breviario* es un compendio del inmenso conocimiento de la historia que Valadés tenía, de su saber en la historia mexicana, de su filosofía de la historia, de sus métodos de trabajo, de sus concepciones históricas.

A unos puede servir de guía eficazísima para el conocimiento de los puntos más importantes que la historia de nuestro país ofrece: historia económica y social, desarrollo político, historia de las ideas e instituciones, cultura, evolución material y espiritual. Otros podrán encontrar en esta preciosa guía, ideas sugerentes, válidas, oportunas, por ser producto de una larga experiencia en la labor histórica; en torno de la relación historia libertad, geografía e historia, historia espiritual, historia religiosa, finalidades y sentido de la historia, hombre e historia, historia integral, esto es los problemas esenciales de la filosofía de la historia; pero también se hallan lúcidas aclaraciones en torno de la historia del período colonial, la de la independencia, el federalismo, las relaciones con Estados Unidos y Europa, el inicio de la idea nacional. Los juicios que se encuentran acerca de personajes señores de nuestra historia, Alamán, Mora, Zavala, Bustamante, Díez de Bonilla, Ocampo,

Juárez, Díaz, etc., a más de pertinentes son sensatos y justos. ¡Mucha miga, miga de gran valía contiene este *Breviario*!

Bien enterado de la historia del pensamiento social, Valadés publicó en 1939 un certero y documentado estudio en torno de la creación en nuestras costas de una ciudad destinada a convertirse en el ejemplo de convivencia que el socialismo podía ofrecer. *Topolobampo* la ciudad planeada por Albert K. Owen, sus orígenes, su desarrollo y temprana desaparición, todo ello entre los años 1872-1893, es descrito limpia y llanamente por Valadés, quien relaciona la creación de esa "ciudad de la paz", como se le llamaba, con los esfuerzos de los utopistas del siglo XIX como Fourier, Saint Simon, Proudhon, y más cerca con Thomas Spence, quien en su obra *The Marine Republic*, piensa en "nuevas ciudades de fraternales colonias agrícolas" extendidas por los países hispanoamericanos. También los proyectos, ya más plasmados de Robert Owen en Texas, y los de Michel Flurschheim y Aquiles Collin. Esta obra de Valadés publicada en 1939, permitió conocer ese esfuerzo socialista realizado en México, concretamente en las costas sinaloenses.

Dentro de las obras que destinó a historiar la penetración e influencia de las ideas sociales en México, se inscribe la *Cartilla socialista de Rodakanaty*, que prologó con pleno conocimiento del pensamiento de ese ideólogo griego, inspirador de amplios cambios sociales que hasta hoy empiezan a estudiarse.

Trabajo de información documental es la edición e introducción de las Noticias del *Puerto de San Francisco* del Padre Landeta (1954) en la que encontramos certeras apreciaciones en torno de la historia de las misiones y la labor misionera.

Amante de lo bello, Valadés escribió también precioso prólogo a la igualmente preciosa edición de las *Vistas de México* del pintor Egerton. A más de situar al artista en su contexto pictórico y social de su época, sus apreciaciones en torno de los deslumbrantes cuadros que revelan un ambiente que desgraciadamente se perdió en México, muestran la fineza espiritual que Valadés tenía, su exquisita sensibilidad innata, prohijada por la esmerada educación que de su familia recibió, forma de educar que desgraciadamente también se ha perdido en México.

*El pensamiento político de Benito Juárez* (1965), resume con gran tino la vastedad reflexiva que en torno de los problemas esenciales de México tuvo el patricio, en la que Valadés recrea el nacimiento de la República mexicana, su conformación como un ente jurídico político autónomo, conformación en la cual los aspectos sociales, económicos y culturales juegan enorme importancia. Sin descuidar ninguno de ellos, sin desequilibrio ninguno, Valadés nos entrega un libro en el que como enorme, transparente y preciso panorama, se observa a los mexicanos hacer su historia.

Muchos estudios más como la *Historia del Pueblo de México*, *Maximiliano y Carlota en México*, *Historia del Segundo Imperio*, artículos periodísticos y otros, nos muestran la enorme voluntad de Valadés por explicar al México que tanto amó, por mostrar la corriente continua, paulatina o desbordada que ha configurado a nuestro país y por crear en los mexicanos una conciencia clara, firme, honda, de que pertenecen a un país que lucha y vive para que en él impere la libertad, la justicia, la igualdad. Uno de ellos y que no quiero omitir, es su inteligente y valiente estudio en torno de la política mexicana, titulada *El Presidente de México en 1907*. Esta obra, reveladora de su gran conocimiento de los hombres y de los acontecimientos de los últimos años; es, como se diría, hoy un gran tratado de politología. Valadés analiza en él los graves problemas que nuestro desarrollo político presenta, pero lo hace con gravedad, en un estilo serio y reflexivo a la manera sentenciosa de Tácito. Tal vez la falta de ironía en él, la gran seriedad que puso en todos sus trabajos, el no haber incorporado en ellos algunos rasgos de Aristófanes, ha sido lo que impidió que esta obra tuviera la difusión que otras obras posteriores han tenido. El examen atento de ella revelará cuán profundo, oportuno e inteligente fue el pensamiento de don José Valadés al analizar la política mexicana.

No podemos terminar, sin admitir que José C. Valadés, nacido en Mazatlán cuando este siglo se iniciaba, por su trabajo, inteligencia, honestidad intelectual, sus vastos y bien asimilados conocimientos, y su alto y noble sentido de la historia, debe ser reconocido no sólo como el más completo historiador sinaloense, sino como uno de los grandes historiadores mexicanos de este siglo.